

## **Con Msgr. Romero Dios ha visitado El Salvador**

"Con monseñor Romero, Dios ha visitado El Salvador", dijo el rector de la Universidad Centroamericana (UCA) Ignazio Ellacuría en 1989, antes de morir bajo los golpes de ametralladoras del ejército. Pero a la iglesia le tomó casi cuarenta años aceptar lo que los pobres habían anunciado de inmediato. A saber qué monsignor Romero dio la vida por el pueblo salvadoreño. Y por eso era santo. Y lo fue inmediatamente, de aquella tarde del 24 de marzo 1980 cuando murió con el corazón roto por una bala de un rifle de alta precisión disparado por un militar en la iglesia del hospitalito mientras estaba celebrando la misa. Santo a furor de pueblo, sin muchas mediaciones burocráticas, tribunales eclesiásticos, investigaciones extraordinarias. Como un alter Christus, él había emprendido el camino del Calvario porque había comprendido que el evangelio no es un algo intimista para vivir en privado en la santidad de una vida doméstica, pero es un mensaje de liberación que debe jugarse en la historia, del lado de los oprimidos, los hambrientos, los perseguidos, los torturados, los condenados, los marginados, los exiliados, los refugiados, los desaparecidos. Y a un Papa latino-americano como Francisco le costó comprender lo que las oficinas del Vaticano, acosadas por el prejuicio anticomunista, no habían entendido. Romero se opuso totalmente a la dictadura que en Salvador masacró y aniquiló a miles de campesinos, obreros, sacerdotes, sindicalistas, opositores políticos (70,000 muertos en el matadero de un país tan grande como Trentino Alto Adige) no por razones ideológicas, sino porque esa fue la única manera de ser fieles al evangelio.

La iglesia oficializa, por fin, la profecía del pueblo chillada por cuarenta años en las plazas de todo el mundo o representada en los grafitos, en los murales, en las pinturas o en los poemas: ¡San Romero vive! "¿Quién todavía te acuerdas / hermano Romero?/ Matadas infinitas veces / de su plomo y de nuestro silencio." (David Maria Turolto).

Una vida paradójica la de Romero. Una historia que asusta y da escalofríos. Una historia que crece y se desarrolla a través de pasajes lentos y cautelosos que de repente se hunden en las profundidades de la historia.

Romero se transforma, destruye todas las defensas y entra de lleno en la tormenta. Pasa de posiciones tradicionalistas, normalizadas e intolerantes que incluso capturan las simpatías de la oligarquía y los militares cuando es nombrado obispo en Santiago de María, un compromiso total con las expectativas de los pobres. Romero es la prueba de la gran contradicción del evangelio que escribe directamente en las tarjetas torcidas y se convierte en un obstáculo cuando menos lo espera. Nombrado entonces arzobispo de San Salvador en febrero de 1977 junto con la elección del general Carlo Humberto Romero, cambió completamente su posición. Descubre a la gente. Él lo inventa. Lo hace entrar en una dimensión de salvación. Y el pueblo lo convierte. Monseñor, sin siquiera quererlo, se convierte en el faro que ilumina la oscuridad. El 13 de marzo el mattanza también entra en la iglesia. En una emboscada los militar matan al jesuita Rutilio Adulto, uno de los sacerdotes a cuyo Romero fue más atado. Con Rutilio los escuadrones de la muerte también matan a un chico de dieciséis años y un señor de setenta. El arzobispo llora como un niño. Lloro sobre una ciudad en llamas prójima a la guerra civil. Pero al mismo tiempo se levanta y construye resistencia. Por ahora los límites de la prudencia se han desbordado. Romero grita su indignación, convoca a los pobres e impone la única Misa, una única celebración en la catedral presidida por él y la prohibición de desempeñar otras funciones para ese día en memoria de Rutilio. Esta elección lo expone a feroces ataques. El nuncio lo critica, los hermanos obispos lo aislan mientras algunos amigos lo invitan a la prudencia. Pero él responde con fuerza: "¡Yo soy el arzobispo! ¡Están matando a mis sacerdotes! "¿Cómo puedo estar de acuerdo con personas tan cínicas que me llaman para ser la primera en darme las condolencias por los delitos de los que tienen toda la responsabilidad?"

A partir de aquí comienza la verdadera historia de Romero, la que mejor conocemos, es la historia de un hombre que introyecta la muerte y la pone en riesgo del evangelio. Revive, en su propia piel, el dramático aislamiento de Cristo mientras se acerca la hora de la tortura. Cuanto más entra en la piel de la gente y más se margina. Detestado por la junta militar, perseguida por la oligarquía al poder, contrastado por su misma iglesia que lo acusa hacer política, de estar de la parte de los subversivos, de haber lacerado la diócesis y de haber traicionado la confianza del Vaticano. Monseñor es sometido a calumnias, insinuaciones, maledicencias. Es burlado y desprestigiado a Roma con misivas que lo describen cómo un fanático y un exaltado. Pero él no se detiene. Sus Misas se convierten en grandes oraciones contra el poder que mata, denuncia los abusos y da a conocer los números de las masacres. Su radio Ysax es la única fuente de información gratuita en el país. Los militares primeros la sabotean y luego la bombardean. Él mismo, junto a otros ángeles de otro El Salvador - como el abogado de los pobres Marianella García Villas (también ella brutalmente matada después tres años Romero) -, vuela de una parte a la otra a bendecir a las víctimas y socorrer los heridos. Se casa totalmente la teología de la liberación y a la Conferencia de Puebla del '79 es uno de ellos de los protagonistas.

Durante sus viajes a Roma organizados para reunir un poco de solidaridad con el Vaticano, se ve obligado a sufrir una fuerte humillación. En el junio de 1978 conoció a Pablo VI, de quien tenía una gran estima: "El Papa - anotó en su diario - me estrechó la mi mano derecha y la sostuvo en sus manos durante mucho tiempo". Más difícil el encuentro con Juan Pablo II en mayo del '79. Romero le confía a Wojtyla un expediente sobre la muerte del sacerdote Octavio Ortiz Luna asesinado junto con cuatro niños en el centro recreativo El Despertar en la parroquia de San Antonio Abad. Monseñor percibe de inmediato la distancia emocional del Papa polaco con respecto a la situación en América Latina. También en este caso Romero llora, se siente no entendido. Sin embargo, "a pesar de mi impresión no fue satisfactoria, creo que fue una entrevista útil", escribió en su diario.

Del fin del '79 la situación en El Salvador precipita. Romero es objeto de continuos ataques y amenazas de muerte. Es cacheado, controlado, seguido. Estas amenazas se volvieron más concretas después de la lectura en la iglesia, el 17 de febrero de 1980, de una carta dirigida al presidente estadounidense Jimmy Carter en la que lo invitó a no dar fondos a la junta militar salvadoreña.

El día antes de ser asesinado Romero desafía frontalmente al ejército con un llamamiento vibrante que queda como una de las páginas más gloriosas de la objeción de conciencia: "En nombre de Dios, en nombre del pueblo que sufre, cuyos lamentos se elevan al cielo cada día más tumultuoso, os pregunto, os suplico, os exhorto, os ordeno: ¡deja la represión!

El 24 de marzo a las 6 de la tarde, Romero celebra una misa privada en la capilla del hospital en recuerdo de la madre del amigo periodista Jorge Pinto. El perfil de un hombre alto y delgado de repente entra por la puerta. Él se sienta en la parte de atrás de la iglesia. Saca un rifle telescópico de alta precisión y dispara. Justo en ese momento Romero está levantando la copa con la sangre de Cristo. De repente se siente un rugido y se ve a Monseñor caer cubierto de hostias y vino consagradas.

El 30 de marzo, al funeral estallan alborotos y el ejército dispara. Quedan a tierra sesenta muertos. La guerra civil en El Salvador se cierra en el 1992 con los tratados de paz.

Poco antes de morir Monseñor dijo: "Si me mataran resucitaré en el pueblo salvadoreño."

**Francesco Comina**  
**Periodista**